

---

# EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

---

## ESTUDIOS HISTÓRICOS

### SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE  
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

#### ARTÍCULO 3.º (1)

Mientras se ocupaba el nuevo Provincial en sus proyectos de reforma monástica, se preparaban graves acontecimientos para trastornar la Europa. Las disputas entre el emperador y la silla pontificia acerca de la posesion de Plasencia y Parma, habian acabado con la muerte de Paulo III; y su sucesor pensaba solo en asegurar su influencia en el futuro combate que presentaba el luteranismo.—Seducido por las promesas de Carlos, seguro de que no se ejecutarían los decretos de ninguna asamblea eclesiástica sin la autorizacion papal, Julio III espidió sus bulas para la convocacion del concilio en la ciudad de Trento. Obligóse el rey de Francia á prestar su apoyo á las decisiones de la congregacion: disuelta la liga de Smalkade, vencidos y humillados

los protestantes, robustecidas las alianzas católicas, parecia todo facil y hacedero al triunfante soberano. Rodeado de numerosas tropas, seguido de sus generales victoriosos y desplegando el lujo de su magnificencia imperial, abrió la dieta de Ausburgo en julio de 1550. Demandando plenos poderes para decidir sobre la restitucion de las propiedades eclesiásticas, exortó á la asamblea á reconocer el concilio que habia de celebrarse en Trento, prometiendo sumision y obediencia á sus resoluciones. Concedidos estos puntos, rendido Magdeburgo despues de un sitio de diez meses, en la altura de su poder y meditando ambiciosos planes, se retiró Carlos V á Inspruck, punto céntrico de donde podia vigilar al mismo tiempo la Italia y la Alemania, y ejercer influencia en las discusiones del concilio.

Habia ya circulado sus órdenes á España designando prelados y señalando teólogos en quienes fiaba las graves materias y complicadas disputas que habian de tratarse en la célebre asamblea. Una cédula real alcanzó á Carranza en su retiro, y repelida esta orden marchó para  
Agosto 22 de 1811.

---

(1) Véanse los tres números anteriores  
TOMO II.—8



Trento el dominicano, dejando el cuidado de la provincia á fray Hernando de Ontiveros. El arzobispo D. Juan Martínez Silicéo le dió tambien sus poderes de representación, y volvióse á presentar de nuevo en la combatida arena de las controversias eclesiásticas. Aumentóse su antigua fama con sus trabajos concienzudos. Ni una sesión fué perdida para su zelo, ni dejó de asistir á congregación alguna. Entre los diferentes negocios que cometieron á su cuidado, encargáronle la formación de índices prohibitorio y espurgatorio, á cuyo fin le facilitaron inmenso número de libros: sin arredrarse por la fatiga y cansancio de la taréa, se entregó sin dilación á su exámen, haciendo quemar cuantos reputó perniciosos y dando los útiles é indiferentes al convento de san Lorenzo de su órden. Allí se vé ya prestándole ayuda en sus trabajos al fraile andaluz, Antonio de Utrilla, que habia de darle luego en el largo espacio de sus prisiones tan vivo testimonio de su afecto generoso y desinteresado.

Disolvióse entretanto el concilio: nuevas guerras y complicaciones habian preparado rápidamente su fin. Los triunfos del emperador habian alarmado á todos los príncipes de Alemania: conocian los protestantes que su poder ahogaría la reforma, mientras que los católicos temian el exorbitante desarrollo de una fuerza que habia de esclavizar los

privilegios de los electores germánicos. El hábil y ambicioso general de Carlos V, Mauricio de Sajonia, que en recompensa de sus servicios habia recibido suma influencia y alta dignidad en los consejos de Alemania, concibió el proyecto de vender á su protector, conquistando al mismo tiempo la simpatía de los protestantes á cuya comunión pertenecía. Prudente y disimulado, aseguró el apoyo de los duques de Mecklemburgo y de Witemberg, así como del margrave de Brandeburgo; y con el mayor sigilo concluyó un tratado con el rey de Francia que, acordándole considerables subsidios, prometió llevar sus armas hácia la Lorena.—Tal fue el secreto de estas negociaciones que ni el emperador ni sus mas hábiles ministros llegaron siquiera á sospecharlas. Durante el sitio de Magdeburgo escribía Mauricio á su gefe cartas llenas de respeto y de protestas de sumisión: rendida la plaza, pidióle permiso para dar cuenta de sus operaciones; y como si estuviese pronto á obedecer las decisiones del concilio, demandó un salvo-conducto para que pasasen sus teólogos á Trento.—Cuando todo estuvo perfectamente preparado para la ejecución de sus planes, en el instante mismo en que le aguardaba Carlos en Inspruck como amigo y aliado, levanta el de Sajonia sus fuerzas en Thuringia, y reuniéndose con sus cómplices, aparece al frente de veinte y cinco mil



hombres ante las puertas de Augsburgo. En el camino publicó un manifiesto declarando que había tomado las armas para prevenir la ruina de la reforma y defender la constitucion, las leyes y libertades del imperio violadas por el emperador: en términos mas violentos imitó su conducta el margrave de Brandeburgo; y el rey de Francia, apoderándose de Toul, Verdun y Metz y adelantándose en la Alsacia, aseguró en una proclama que empezaba la guerra á petición de los miembros mas ilustres del cuerpo germánico. La sumision de Augsburgo, la reunion de Nuremberg y de las principales ciudades de Suavia á la confederacion, dieron ánimo al partido protestante que tomó con violencia la iniciativa. Los príncipes católicos se mantuvieron neutrales sin atreverse á defender su causa, y Mauricio de Sajonia se adelantó rápidamente hácia el Tirolo. La alarma que su irrupcion produjo en los estados llegó hasta Trento: los prelados alemanes abandonaron la ciudad, y el cardenal legado, aprovechándose de esta coyuntura, disolvió la asamblea.

Pasaban estos acontecimientos en la primavera de 1552: como los demas representantes españoles, volvió Carranza á la península, cerradas las sesiones del concilio. Su priorato provincial acabó por aquel tiempo, y el dominicano fijó su residencia en el colegio de San Gregorio. La corte estaba en Valladolid,

donde se habia fijado el príncipe de Asturias despues de su vuelta de los Países bajos. Gustaba Felipe de consultar á Carranza sobre los negocios de la iglesia, y despachaba pocas solicitudes sin oír de antemano su parecer: el consejo de Castilla le enviaba tambien espeditos considerables, y el Santo Oficio le demandaba su opinion sobre las causas religiosas. Abrumado de trabajo, apenas hallaba tiempo para dedicarse á sus acostumbradas oraciones. Por otra parte deseaba continuamente el príncipe que predichase, y sus sermones elocuentes eran escuchados por los prelados y la grandeza que seguian á Felipe y se apiñaban detras de él. Encargáronsele varias comisiones, que desempeñó con su conciencia acostumbrada; pero el trabajo mas delicado que á su cargo tuvo fué el examen y correccion de las biblias extranjeras que en multitud de ediciones por la península corrian. Dióle el consejo de la Inquisicion por acompañado á D. Diego Tavera, arcediano de Calatrava: largos pero provechosos fueron sus trabajos de censura: y en vista de muchos antecedentes y datos antiguos, cuidaron de la impresion de una biblia latina, corregida con sumo esmero, que ha servido de original para todas las ediciones posteriores. La capacidad de Carranza, su admirable facilidad para escribir y la profundidad de sus conocimientos le hacian despachar á la vez to-



das sus tareas, quedándole aun tiempo para ocuparse en coordinar apuntes de sus tratados religiosos.

Satisfecho el emperador de la prudencia que desplegaba su hijo en la gobernacion de la monarquía, estimando en alto punto sus talentos y deseando en su ambicion legarle el imperio del mundo, trató de casar al príncipe de Asturias con la reina de Inglaterra. Por muerte de su hermano Eduardo, alcanzaba la corona la católica Maria. Hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, habia conservado siempre alta idea de la grandeza española, y amaba con ardiente fanatismo sus desterradas creencias. Las proposiciones matrimoniales de Carlos V fueron admitidas con júbilo, y la resistencia del Parlamento vencida sin dificultad. La ambicion del príncipe alagaba un proyecto que ponía en su mano el cetro de los mares, pues los ingleses solos podian rivalizar con la marina de España. Los tercios castellanos alcanzaban una superioridad incontestable en Europa, y reunidas ambas naciones podian decidir á su arbitrio de los destinos del mundo. Por otra parte deseaba Felipe reconciliar la Inglaterra con la Sede romana; perdida esta importante columna, caía para siempre en el polvo el inquieto luteranismo. Buscando á su alrededor un hombre bastante hábil para llevar á cabo tan delicada negociacion, fijó el príncipe sus miradas en Bartolomé Carranza: en frecuentes y mis-

teriosas conferencias arregló el dominicano su plan y preparó sus recursos: eligió letrados que le ayudasen, y provisto de despachos y recomendaciones, partió en mayo de 1554 á las costas de Inglaterra.

Impaciente de ver llegar á Felipe, recibió Maria con suma atencion á su enviado. Obediente á las instrucciones del príncipe español, hizo conocer todos los personajes de Lóndres que podian ayudarle á la realizacion de sus proyectos. Presentado en la córte, desplegó altos recursos Bartolomé Carranza. No era ya el fraile modesto y retirado que no buscaba otro mundo que el de la meditacion y los estudios religiosos: persuadido de que tenia á su cargo una gran obra, preocupado del objeto de su mision, estaba resuelto á emplear su talento para llevarlo á cabo, venciendo las resistencias que hallase en su camino. Su imaginacion entusiasta prestó un carácter de santidad á la empresa que acometía; y cortesano y flexible, empleó sin saberlo los resortes de la mas hábil diplomacia. El primero y mas importante paso, la piedra angular de la proyectada reconciliacion era la entrada en Inglaterra del cardenal Reginaldo Polo legado á látere Sede del sumo Pontífice. Aunque inglés de nacimiento y enlazado con los vínculos de la sangre á la familia real, no le admitia el Parlamento en calidad de prelado católico ni reconocia su mision. Las intrigas de Carranza alla-



naron las dificultades; y su admision desde entonces quedó completamente decidida. El príncipe habia llegado entretanto á la costa en magníficas galeras, rodeado de un séquito numeroso y lucido de magnates españoles. Presentábase como rey de Nápoles y de Sicilia, títulos y estados que le cediera el emperador para realzar su dignidad á los ojos de la nacion inglesa. La brillante comitiva que le acompañaba, sus trages y libreas ostentosas, sus regalos y limosnas, su orgullo y liberalidad deslumbraron á los señores de Lóndres. Únicamente cuidadosa de la voluntad de su marido hácia quien habia concebido violenta pasion, no pensaba la reina María en otra cosa que en agradarle: aunque sin autoridad aparente, Felipe fué proclamado rey de Inglaterra en solemne ceremonia.

La fortuna sonreia á su católica empresa: arreglada la reconciliacion con la Sede romana, entró el cardenal Polo en Lóndres con notable pompa y singular ostentacion: prestó el reino la obediencia al Papa, y el dogma antiguo apareció de nuevo triunfante en la cismática Inglaterra. Agradecido Felipe á los felices trabajos de Carranza, llamóle aquel mismo dia á su palacio de White-Hall, donde le dió gracias repetidas veces ante numeroso concurso, recomendando especialmente su celo á la reina su esposa.—Murió Julio III en marzo de 1555: sucedióle Marcelo II que aca-

bó á los pocos dias, y entró á gobernar la iglesia el cardenal Carrafa, arzobispo de Nápoles y obispo de Ostia, que tomó el nombre de Paulo IV.

La actividad del dominicano no desmayaba con el triunfo. Consultado frecuentemente por el príncipe-rey, entró en sus miras de clemencia y de reaccion. María llevaba su católico zelo aun mas lejos que su esposo: era necesario tenerla porque en ella sola radicaba la gobernacion constitucional de la monarquía. No entraba sin embargo en los planes de Felipe la absoluta tolerancia: antes bien su objeto era la ruina total de la reforma; y para alcanzar este fin nada le parecia costoso, ningun sacrificio superior á su constancia y á sus fuerzas.

Bartolomé Carranza era su consejero y su ministro: infatigable en el trabajo, habia predicado constantemente á los herejes, aterrando á los unos, convirtiendo á los otros, asombrando á todos con la profundidad de su instruccion y la altura de su elocuencia. Pasaba á veces largas horas disputando públicamente con los mas notables defensores de la religion luterana, ó respondiendo á sus argumentos por escrito: casi siempre victorioso en estas luchas, la comunicacion continúa, la discusion constante hacian ablandar, á pesar suyo, su intolérante zelo, dando cabida á sentimientos mas dulces pero menos tem-



plados para el gran combate que se aprestaba.—Encargado de arreglar la devolucion de los bienes de la iglesia, su habilidad venció las dificultades que se oponian, convenciendo á los mas interesados en su enagenacion y haciéndoles prestarse de buen grado á sacrificar sus pretensiones.—El uso de la misa, abolido en todo el reino, fué puesto en vigor por un decreto real, y Carranza que tuvo mucha parte en esta medida, publicó una instruccion para su inteligencia, dedicada á D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli.—Disponia lucidas procesiones para solemnizar las fiestas eclesiásticas, y tomaba por testo en sus sermones el capítulo 22 de san Lucas: «Ego autem rogaui pro te ut non deficiat fides tua.» Así, honrado con la confianza del príncipe, celebrado por los católicos y respetado por los hereges, pasaba su vida el dominicano en constantes esperanzas de destruir por acertadas medidas los últimos restos de la vencida reforma.

Entretanto, despues de la disolucion del concilio, se habia ensañado mas y mas la fortuna contra el desgraciado emperador. Sus tropas fueron completamente batidas en Renti por Mauricio de Sajonia, entregado al pillage su palacio de Inspruck, y su persona apenas pudo salvarse en la oscuridad de una noche tormentosa por estraviados caminos. Apremiado por la necesidad, vióse obligado á firmar el

tratado de pacificacion de Passaw, que estableció garantías en favor de los protestantes. El Lujemburgo fué invadido por los franceses; las costas de Calabria y la ciudad de Nápoles amenazadas por una flota turca; perdida la influencia en Italia, y aute los muros de Metz las tropas imperiales se retiraron con pérdida. El papa Paulo IV, enemigo irreconciliable de Carlos V, hizo liga con el rey de Francia para apoderarse del reino napolitano. Volvieron las alteraciones con la ambicion del margrave de Brandeburgo que fué batido por Mauricio en Sevenhausen, costándole la vida su victoria. Enfermo el emperador en Bruselas, abrió su hermano Fernando la dieta que habia de confirmar la pacificacion de Passaw. Origináronse disputas y litigios; y entre muchas disposiciones favorables á los luteranos, declaróse exentos de la jurisdiccion del Papa á cuantos seguian la confesion de Augsburgo.—Aunque el artículo de la reserva eclesiástica, estipulado por Fernando de Austria, defendia con inespugnable barrera los restos de los bienes de la iglesia, poniendo coto á la defeccion de los prelados, Paulo IV miró la concesion hecha á los protestantes como una usurpacion sacrílega de la autoridad pontificia, amenazando con la escomunion á Carlos V y al rey de los Romanos si no declaraban nula la resolucion de la dieta.



Amontonábanse de nuevo las nubes en el horizonte de Europa, mientras los Turcos estendian su imperio en el Mediterráneo. Aflijido por los reveses que habian sucedido á sus brillantes triunfos, devorado por la melancolia heredada de su madre, que habia degenerado en profunda tristeza, abatido al ver la inutilidad de sus esfuerzos para estirpar las doctrinas reformadas, enfermo gravemente con violentos ataques de gota, disgustado de los negocios y del mundo, trató el emperador de renunciar sus coronas y resignar en vida su poder. Muerta doña Juana la loca en abril de 1555, no habia obstáculo alguno para su abdicacion como rey de España.—Mandó llamar á su hijo desde Londres á Bruselas; y partió el príncipe D. Felipe, dejando sus instrucciones á Carranza para que en todo asistiese á la reina María y adelantase con el legado apostólico la gran empresa de la estirpacion de la reforma.

#### S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL;  
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

#### III.

Asi desde las proezas de Bernardo del Carpio, del Cid y de Fernan Gonzalez,

veia Castilla á ejemplo de tan claros varones reproducirse los mas señalados actos de valor y de fidelidad caballeresca, que llegaron al mas subido punto en el reinado de San Fernando y en los primeros años de Alfonso el sábio.

La crónica del primero refiere que en su tiempo estaba confiada la tenencia de la Peña de Márto á D. Alvar Perez, quien habia salido de ella, dejando á la condesa su muger y á su sobrino D. Tello con 40 caballeros, vasallos suyos. Entretanto que D. Alvar Perez estaba en Castilla, Benhalmar rey de Arjona, que se llamó asi en el principio de su reinar porque era de alli natural, y después fué rey de Granada, vino con gran poder de moros sobre la Peña, y cercóla y comenzóla á combatir; y por poco la tomara, porque vino á tiempo que non avia hombre ninguno en la fortaleza, salvo la Condesa y sus doncellas, porque habia entonces salido D. Tello con los 40 caballeros á correr á la tierra á los moros; y tambien entonces no era aquella fortaleza tan fuerte como agora. Cuando la condesa se vió cercada, y la fortaleza sin hombres mandó á sus doncellas *que se destocasen en cabellos y se pusiesen en manera que pareciesen que fueren hombres, y tomásen armas en las manos, y se asomasen entre las almenas de la fortaleza, lo cual se hizo asi;* y ella tuvo manera como enviase un mensajero á D. Tello allá donde era ido, porque le hiciese saber lo que pasaba sobre Márto. El cual como lo supo, luego á gran prisa se vino para Márto él y los otros caballeros, y como llegaron cerca, y vieron tan gran



poder de moros que tenian cercada la Peña y la combatian reciamente, fueron muy tristes y puestos en gran congoja, por no estar ellos dentro para la defender, y tenian miedo, que aquel dia se perdiese la Peña, que era llave de toda aquella tierra, y asi mesmo que llevarian captiva á la condesa su señora, y á sus doncellas y dueñas, porque no esperaban de ninguna parte ser socorridas, que antes la Peña no fuese tomada, ni menos ellos podian entrar salvo, si no entrasen por medio de los moros, y era tan grande el poder dellos que no se osaban meter en tan grande peligro. Ellos estando en esta congoja, que no sabian que remedio dar en este caso, habló un caballero de los que alli estaban que se llamaba Diego Perez de Vargas, el que habia ganado en la de Jerez el sobrenombre de Machuca, y díjoles de esta manera. ¿Caballeros qué os parece que debemos hacer? Si quereis hagamos un tropél, y metámonos por medio de estos moros, y probemos si podemos pasar por ellos á socorrer la Peña y á la condesa nuestra señora, que yo confio en Dios, que si lo cometemos que saldremos con ello; que no puede ser sino que alguno de nosotros pasen de la otra parte, y cualesquier de nosotros que á la Peña pueda subir, la podrán defender que no la entren los moros, y los que de nosotros no pudieren pasar y murieren, salvarán sus ánimas y harán lo que todo buen caballero debe hacer. Y justa cosa es que pospuesto todo temor lo hagamos asi, porque si esto dejámos de acometer, perderse ha la Peña que es la llave de toda esta tier-

ra, en quien tiene su esperanza el rey D. Fernando que por ella se ha de ganar toda aquesta tierra que los moros tienen ocupada; y mas que captivarán á la condesa nuestra señora, y á sus dueñas y doncellas; y nosotros caerémos en muy grandisima vergüenza y deshonra, que pusimos tal cobro en la Peña; y es cierto que antes querria morir á manos de otro moro, haciendo mi posibilidad que no se pierda la condesa mi señora, y la Peña, y nunca yo pareceré con esta vergüenza ni ante el rey, ni ante Don Alvar Perez mi señor. E yo determino de meterme entre estos moros, y hacer lo que bastaren mis fuerzas, hasta que alli muera; y pues todos sois caballeros hijos dalgo, y veis que conviene que esto se haga, haced lo que debeis, que no teneis de vivir en este mundo para siempre: que de morir tenemos, y ninguno de nosotros se puede excusar de la muerte agora, ó despues; y siendo asi, no debemos tanto temer el morir; porque si aqui muriésemos, morirémos con mucha honra, haciendo todo aquello que buen caballero debe hacer; y pues tan breve es la vida deste mundo no debemos dejar de acometer esto con todas nuestras fuerzas y esforzados corazones, porque por nuestra cobardia no se pierda hoy tan gran pérdida: por eso, señores y amigos, ved si acordáis todos en esto; y sino de todos me despidido, que yo quiero ir á hacer lo que bastaren mis fuerzas hasta que alli muera. Mucho le plugo á D. Tello esto que Diego Machuca dijo, y respondió asi á Diego Perez. Vos habeis hablado á mi voluntad, y lo habeis dicho como muy



buen caballero que sois, y yo vos lo agradezco muy mucho; y los que así lo quisieren hacer como vos lo habeis dicho, harán lo que deben como buenos caballeros hijos dalgo, y sino lo quisieren hacer, vos y yo hagamos todo nuestro poder hasta que muramos y no veamos hoy tan grande pérdida.

Todos los otros caballeros viendo que era cosa justa lo que D. Tello y Diego Perez decian, dijeron que eran todos de aquel acuerdo, y que así se hiciese. Entonces hiciéronse todos un tropel, y dijeron que todos y cada uno trabajase de romper y pasar adelante hasta subir la Peña los que pudiesen. Luego dieron de las espuelas reciamente á los caballos, y rompieron por medio de los Moros, y el primero que rompió é hizo lugar á los otros, y el primero que subió la Peña, fue Diego Perez Machuca. De estos caballeros pasaron y subieron la Peña de Martos la mayor parte dellos: los que atajaron los Moros, que no pudieron pasar esos murieron. Cuando el Rey Moro vido como aquellos caballeros se habian puesto á tan gran peligro y habian subido á la Florida, conociendo que eran muy buenos y esforzados caballeros, y pues que á aquello se habian puesto, que creian que defenderian muy bien la peña de Martos, y viendo que muy poco le aprovecharia estar allí, alzó el cerco é fue-se. Y desta manera fue socorrida la Peña de Martos y la Condesa librada por el grande esfuerzo y consejo de Diego Perez Machuca (1).

Colocadas así en terrible y continuada lucha dos sociedades opuestas en religion, en intereses y costumbres, uníanse las mas nobles y fuertes pasiones para templar fiera y altivamente el caracter Español, escitar los ánimos á las mas arrojadas hazañas y dar un tinte heróico y sobre humano á las acciones. Arrastrados á la pelea los habitantes de la España feudal por el sentimiento religioso, el honor, el amor nacional, y el atractivo de rico botin, viéranse en aquellos siglos de románticas aventuras realizarse las mas altas y gloriosas empresas, y correr los hombres á porfia en busca de proezas y prodigios sin cuento. La imaginacion dirigia y arrebatava al noble y al caballero, y jamas faltaba al corazon el necesario esfuerzo para hacer verdaderas las magníficas y esplendorosas ilusiones de aquella. No eran tiempos de razon, de cálculo, ni de filosofia: mas en nombre de la religion, de la lealtad y del pundonor, un corto número de hombres en vuelo de su fantasia consumaba los mas atrevidos y grandiosos hechos y dejaba muy atras el heroismo de los bellos dias de Grecia y de Roma.

Empero uno de los rasgos distintivos de esta época, que produjo el romanticismo y el caracter altamente poético y dramático de la edad feudal, y que inspiró mas tarde á nuestros mas distinguidos ingenios, fue el ideal y sublime respeto tenido á las mugeres por los caballeros en medio de la comun barbarie y de las groserías generales.

(a) Pags. 47 vta. y 48 de la crónica de san

Fernando: ediccion de Medina del Campo de 1568.



Este sentimiento era propio de las tribus germánicas, y Tácito en su admirable obra *sobre las costumbres de los germanos*, dice al hablar de estos «consideran en las batallas como santos testigos los lamentos de las mugeres, y los vajidos de los niños. *Creer haber en las primeras algo de divino y providencial*, y ni desprecian sus consejos, ni oyen con indiferencia sus respuestas.» Mas aunque los primitivos germanos del mismo modo que algunas tribus de la América del Norte conocieron esta diferencia romancesca hácia el bello sexo, necesario es confesar que las costumbres descritas por Tácito ni eran propias de todas las tribus Germánicas, como lo prueba la inferioridad de la mujer sancionada en la legislación Lombarda, Sállica, Ripuaria é Inglesa, ni se conservaron despues al ponerse en contacto los bárbaros del Norte con la inmoral y profundamente depravada sociedad romana. Por el contrario, nada hay menos delicado, mas grosero y brutal, que el cuadro ofrecido por la Europa en los siglos V, VI, VII, VIII y IX. Al leer los cronicones latinos de esta época, sobre todo los de Fredagario y Gregorio de Tours, no parece sino que los bárbaros vinieron á añadir su rústica ferocidad, su groseria salvage y su fria crueldad al envilecimiento y corrupcion del imperio. La moralidad, el respeto y santidad del hogar doméstico, el honor y la deferencia romancesca hácia el bello sexo, nacieron de la vida feudal y de castillo en los siglos X y XI, y hallaron magnífico y brillante desarrollo, cuando las dos nacionalidades árabe y

cristiana combatieron por el poder y por la religion en oriente y occidente. Escitado poderosamente el sentimiento de la dignidad y de la grandeza personal por las costumbres aristocráticas, arrebataada la imaginacion de los hombres por la religion y el amor á la guerra y á las aventuras, arrojábanse los caballeros á las mas atrevidas hazañas; y la romántica imaginacion de la muger encerrada en los poéticos castillos de la edad feudal no podia menos de sentir la mas tierna y sublime afeccion hácia los esforzados paladines de su tiempo. Esta vida de aislamiento y retiro contribuia poderosamente á conservar el pudor y la poesia de las mugeres, y debia hallar la mas delicada simpatía, en el corazon de los hombres. Enemigos, como lo somos, de todo lo que tierde á deprimir la dignidad del otro sexo, creemos profundamente que la modestia, la virtud y el recojimiento conquistarán siempre á la mujer el respeto y consideracion del hombre, y la harán aparecer á sus ojos embellecida con aquella brillante poesia y sublime idealismo, origen de señalados hechos y heróicos sacrificios en las relaciones de ambos sexos. Tal fué la situacion de estos en la época feudal, y no es ya de estrañar que la romancesca fantasia de los caballeros tuviese hácia las mismas tan poética adhesion y realizára en su nombre tan singulares empresas. España sobre todo, por causas de que ya hemos dado cuenta, escedió á los demas paises en costumbres caballerescas y en el respeto á la mujer. Célebres son ya por poéticas aventuras en la crónica ge-



neral de Alfonso el Sábido la infanta de Navarra, mujer del conde Fernán González, y Doña Gimena, esposa de Rodrigo del Vivar; mas nada hay que ofrezca un tinte tan maravilloso y romancesco como los amores de la hermosa Zaida con Alfonso VI de Castilla. «E el Rey D. Alfonso (dice la crónica general pág. 245) que fué siempre muy esforzado Rey, é muy aventurado, avie ganado mucho, pero con todo eso non dejaba de contender en fecho de armas, tanto que moros é cristianos avien que ver con él, é en todo esto sonaba la fama muy grande deste Rei D. Alfonso, é ovó á oír é saber aquella doncella Doña Zaida (hija del célebre Abenabet rei de Sevilla) é tanto oíe decir deste rei don Alfonso que era caballero mui grande é mui fermoso ome en armas é en todos los otros sus fechos que se enamoró del; é non de vista, ca nunca lo viera, mas de su buena fama, é del su buen prez, que cresce cada dia, é sonaba, con que cada dia mas se enamoraba del doña Zaida, tanto que fué ademas; asi que ella mui enamorada del, como las mugeres son sotiles e sabidoras para lo que mucho han talante, ovo ella sus mandaderos de como el rei don Alfonso andaba estonces por Toledo, é por las conquistas que facie estonces en las villas aderedor della: é que (quando) era acerca de la tierra desta doña Zaida, ovo ella sus mandaderos con quien le embió decir, é rogar, que oviese ella la vista del, cá era mui pagada de su prez é de la beldad que de cien dél, é quel amaba é quel querie ver. E aun por llegar el preito mas aina á lo que ella querie, embiol decir

por escripto las villas é los logares que su padre le diera, é que sí el quisiese casar con ella, que le darie Cuenca, é todos aquellos castiellos é fortalezas que le diera su padre. E el rei D. Alfonso, quando este mandadero oyó plogel mucho con aquellas nuevas, é embiol que viniese ella á do tuviese por bien, é él que la irie á ver de todo en todo. E unos dicen, que ella vino á Consuegra, que era suya, cerca de Toledo; otros dicen que á Ocaña, que era suya otrosi; é otros dicen aun, que las vistas, que fueron en Cuenca; mas las vistas, ayanse do quier, ca el fecho de lo que Zaida querie acabose, é nos vayamos por el cuento de nuestra estoria que dice asi. Pues que el rei D. Alfonso tomó su caballería mui grande é buena, güardando todavia bien de engaño, é de traicion que non andoviese, fue ver á Doña Zaida. E desde que se vieron amos, si ella era enamorada é pagada del rei D. Alfonso, non fue el Rei D. Alfonso menos pagado della; ca la vió el mui grande é mui fermosa, é enseñada é de mui buen contentente, como le dijeron della; é ovo luego sus fablas con ella, é demandó que si ella tal preito querie, que si se tornaria cristiana, é ella dijo que sí, é que le darie luego Cuenca, é todo lo al, que el padre le diera, é que farie todas las cosas del mundo que la mandase de mejor mente que otra cosa, soloque con ella casase. E el rei D. Alfonso, veyendo como era nueva la conquista que el ficiera de Toledo, é con lo que la Zaida avie, que serian gran ayuda para aver á Toledo mejor parcida, ovo su con-



sejo con los condes é ricos homes, é tornola cristiana como lo avemos dicho é contado en esta estoria suso ante desto. E casó con ella, é fizo luego un fijo, é ella entregó luego al rey Cuenca é todo lo al.

F. G. MORON.

## SEGUNDA SECCION.

### AMENA LITERATURA.

#### POESIAS ANDALUZAS

DE D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Menos ambicioso que otros muchos poetas que anhelan abrazar en sus cautos el círculo del mundo y aun les parece poco, acaba de publicar el Sr. Rubi una coleccion de escenas de su patria. Las costumbres andaluzas han hallado un pintor escelente: su mérito consiste en su admirable verdad. Los que anhelan declamar versos melancólicos, los que quieren ver girar en eterna rueda los campos y los jardines y el sol y las estrellas para insultar á la creacion, los que buscan en la poesia ecos de luto y de maldiciones, pueden cerrar desde luego el libro que analizamos porque no hallarán ni despecho ni misantropía. Pero los que deseen leer graciosos cantos llenos de una chispa orijinal y brillante, los que encuentren encantos en la pintura exacta y poética á un tiempo de las costumbres del pueblo bajo en el mediodía de España, los

andaluces sobre todo, se entregarán con placer á la lectura de una obra que por tantos títulos se recomienda.

Cualquiera que haya recorrido los puertos de Andalucía habrá notado el sello especial que distingue las acciones y hasta la fisonomia de sus habitantes. La sangre árabe corre todavía por sus venas, y sus hábitos independientes tienen puntos de semejanza con los hábitos de las tribus africanas. Hay sin embargo notable diferencia: no pudiendo entregarse en cuerpo á sus violentas pasiones se entregan á sus gustos individualmente: en vez de depreaciones de aduanares hay ataques de bandoleros; en vez de saqueos hay contrabando; en vez de guerras hay desafíos. Y como si con los vicios de los árabes españoles hubiesen heredado sus altas cualidades, ostentan esos hombres de mal vivir como les llaman, la misma caballerosidad, la misma galanteria que los Abencerrages y Gomeles del reino granadino. A medida que adelanta la civilizacion van desapareciendo esas costumbres pintorescas y graciosas; su círculo se estrecha cada día, y hoy apenas podrian encontrarse en su primitiva originalidad fuera de la serrania de Ronda, del barrio de Triana en Sevilla y del Perchel de Málaga. El tiempo de los bandoleros vá acabando: difícil es hallar las famosas cuadrillas del tiempo de nuestros padres, antes de la guerra de la Independencia; aquellas sociedades organizadas de gente libre que establecian su peligrosa república dentro del mismo estado, esentas del poder de la ley, abiertamente declaradas enc-



migas. Pero hemos alcanzado uno de los gefes cuya memoria vivirá en las llanuras andaluzas: José Maria ha realizado todas las hazañas de sus predecesores, sosteniendo durante años con algunos hombres una viva persecucion por parte de las tropas del rey, libertándose á fuerza de ingenio y de astucia; ejecutando entretanto los golpes de mano mas combinados y atrevidos de que hay ejemplo en aquella tierra clásica de bandoleros. Claro es que sin auxilio de parte de los pueblos era imposible mantener la campaña: en todas partes encontraba espías: el dinero, el temor y el entusiasmo que en las clases bajas escitaba le proporcionaban los avisos suficientes y solo así pudo escapar de las garras del gobierno, hasta que el rey de las Españas propuso indulto al intrépido bandido.

Estas depredaciones eran consideradas como legítimas exigencias de la pobreza y la manera hábil de llevarlas á cabo, el valor, la generosidad novelesca de algunos salteadores contribuían á realzar el prestigio de los que se habian dedicado á oficio tan penoso y lisongero. *Echarse al camino* se miraba tal vez una desgracia pero nunca como un crimen: los hombres que se ponian en pugna abierta con la sociedad eran contrabandistas resentidos por el mal trato de los guardas de hacienda ó acosados por una incesante persecucion; y como adquirian nuevo poder, y como lo empleaban casi siempre en proteger á los vecinos del pueblo en que moraban, y como casi nunca hacian daño cuando no hallaban resistencia, no encontraban tampoco la antipatia que les hubiera se-

guido en otro caso. Pero si los bandoleros han desaparecido casi completamente, los contrabandistas quedan aun respetados del pueblo, y auxiliados en su tráfico ilegal. No pueden comprender ciertas clases de la baja Andalucía que sea un delito proporcionarles los géneros de Gibraltar á cómodos precios ni que estén proscritos por las leyes los que á costa de sus vidas van á comprarlos, eludiendo los derechos que la hacienda cobra. Despreciados están, los que, valiéndose de la debilidad del gobierno, introducen en Málaga ó en Cádiz cargamentos de contrabando corrompiendo á los que debian castigar su tráfico: este es un comercio prohibido pero organizado en la escala comun: los habitantes de la serranía de Ronda son los verdaderos tipos de contrabandistas. Jóvenes y vigorosos sin otro patrimonio que un escelente caballo y un trabuco, atraviesan los despeñaderos de los montes y vuelven cargados de tabaco ó de algodón, salvándose de los carabineros á fuerza de valentía, gracias á la rapidez de sus jacas y á su conocimiento del terreno. De buena apariencia en general, gastando, como los árabes cuanto ganan en su vestido y en los arreos y en los albardones del caballo, su valentía les dá favor y cabida al lado de las mugeres que tanto en las clases bajas como en las altas forman la opinion de la sociedad.

Y estos tipos de contrabandistas y bandoleros, y los majos y los jaques de Andalucía están retratados con admirable verdad en las poesias que analizamos. El señor Rubí ha elegido una senda especial pero ha marchado en ella con



pié firme presentándonos tales, como son en sí á esos personajes á quienes oímos hablar en el mismo lenguaje pintoresco de que usan. En la primera de sus composiciones, está contemplando un bandido la cabeza de su compañero colocada en un garfio sobre el camino y despues de lamentar su pérdida y recordar las hazañas que juntos hicieron esclama :

Y creerán ezos jurones  
que no tenemos pasiones  
ni á nenguno enclinasion...  
¿Pues qué, zeñó, loz ladrones  
no tenemos corason?..

—  
¿No sentimos nuestro mal  
lo mesmito que cáa cual?  
¿O penzais que no aspiramos  
mas que á aqueyo que topamos  
y á partilo por igual?

—  
¡Ay! vozotros los que eztais  
en zócieá congregaos,  
¿por qué cuando nos juzgais,  
vueztra mano no yebais  
al costal é los pecáoos?

.....  
¡Vargame Cristo  
con la jutzicia!  
Zi eyoz sescurren  
ez sin malicia  
ez sin pensá.

¿Pues qué mas dá,  
gente zin freno,  
quitá lo ageno  
en un camino  
ó en la ciudá?

En el cuento del *jaque* hay dos buenos diálogos: en el campillo está una cuadrilla de ternes, ladrones, tramosos, contrabandistas que cuentan sus hazañas, mientras un jaqueton permanecia indiferente escuchando tantas exageraciones, hasta que al fin uno de ellos le tira un monterazo para animarle, y empieza á enfadarse el baratero

—Terrible estás Diego.

—Y mucho;

que voy á *diná* un *bote*  
en la *fila* aunque zea á Cristo  
zi alguno pienza esta noche  
pizame el bulto: ¿lo entiendes?

—Si que te entiendo; pero, hombre,  
estás tan zerio... ¿qué tienes?

—Juaniyo, ya me conoces?

—¿Tienes zueño?

—No jeñó.

—¿Tercianas?

—No.

—¿Mal damores?

¡Ay, Juaniyo!, dijo el jaque,  
sacando de los pulmones  
un muy ardiente suspiro;  
Eso tengo y esta noche  
no vá á quear en el cielo  
en cuanto suenen las dose  
ni santos, ni querubines,  
ni angelitos ni angelotes.

Su pena es que su querida curriya Perdigones se vá á casar con Blas Lopez; y propone á sus compañeros que le asesinen á media noche cuando vuelva de revisar el ganado: en quince doblones reajusta la vida. Es la fiesta de boda y el novio sale segun costumbre, suena un tiro en el puente y un gemido: cree



el jaque que está muerto su rival, se acerca á casa de su querida donde hay convite y jarana y entrando en la sala deja petrificados á todos con su presencia. Echando baladronadas comienza á asustar á los circunstantes con su trabuco, hasta que llegando Blas Lopez que se había libertado de la emboscada matando al asesino, averigua la verdad y empieza á pegar de mojicones al vanidoso jaque que los sufre cobardemente y cae arrojado vergonzosamente por la ventana.

*El Charran, Roque y Anton, A los toros!* Un *desengaño* son composiciones características, *votos y juramentos* es un cuento lleno de viveza y de gracia: muy brillantes son sus descripciones, y muy fácil y animado el diálogo. Lucas Moreno ha engañado á una linda moza del barrio de Perchel, abandonándola en seguida; pero su padre es hombre de armas tomar y una noche le sigue para hacerle cumplir sus juramentos: Moreno corre como el aire pero Esteban Sierpes va detras siempre, hasta que alcanzándole comienzan á hablar y descubre el cobarde amante quien es su interlocutor.

— ¡Zan Fransisco!! ¿zerá osté Esteban Zierpes?..

— El mesmo.

Dijo Esteban acercándose al arrogante mancebo.

— No me toque osté á la ropa porque mi ropa ez é fuegol!

— No ez á la ropa, compáe, onde tocale yo quieo.

Osté conose á mi Clara?

— Zi jeñor; ¿y qué tenemo?

— Osté la entonó cantares?

— Zi jeñor; ¡y de los güenos!

— ¿Y osté rondó por mi caye?

— Zi jeñó, zi bien recuerdo.

— ¿Y por qué ha dejao la ronda, los cantos y los requiebros?

— Porque me puse mu rónico de está de noche al zerenó.

Acaba el cuento, como es natural, casándose Lucas Moreno con la hija del temible Esteban. La composicion del señor Rnbi que mas ha gustado generalmente y en nuestro entender, la que vale mas es *la Venta del Jaco* en la feria de Mairena. Un gitano de Triana aprovecha la ocasion para vender un mal rucio á fuerza de charlatanería.

Zu mersé mire eza piesa...

¡este ez un bicho mu fiero

¿y esta cola? ¿y la cabeza?

vamo... zi no tiene pero.

¿Puez y loz ojos? .. no es ná!

zon senteyas no hay mas ver!

miusté; con eza mirá

está iziendo su poer.

¡Y los piños? ¡Jezucrizto!

son mas blancos que el *marfín*....

y en jamaz aqui za visto

un jaco con tanta *ctin*.

¿Lo quíe usté vé caminá?

Lo mezmo zale que un taco....

¡Jé!... ¡Canina!.. ven acá....

encarámate en el jaco;

y yévalo recogió

hásia el camino é zan Roque....

¡Cortol... Canina, hijo mio....

y cuidiaó no te zesboque.



.....  
 .....  
 ¿Que cuanto?... bien vale... azi  
 Dios se olví é mis pecaos,  
 lo mesmo que un maavei...  
 sobre tresientos ducaos.

.....  
 .....  
 ¿Qué ha é zé mucho?... ¿no viusté  
 que eze potro ez una fiera?  
 ¡Por zan Juan!—¿Osté no vé?  
 que ez é la casta é Valera?

.....  
 .....  
 ¡Ze acabó; no hay mas que hablá!  
 Zi osté ez el amo, on Jozé...

¡Luzeriyol... paza ayá!

¡Qué bicho ze yeva osté!!!

¡Qué animall.. ¡yaya unas manos!..  
 que las jan pintáo parese....

¡Jay!.., antes é zapartarnos  
 éjeme usté que lo beze.

Hemos presentado algunos trozos, como la mejor recomendacion que podemos hacer de las poesías del Sr. Rubi, y sin embargo hemos tenido que reprimir nuestro deseo de citar, pues lo hubiéramos citado todo. El poeta ha hecho un ensayo, porque ensayo nada mas puede considerarse su liuda obra; y sin embargo ha conseguido un completo éxito. Si algo valiesen nuestros consejos le diríamos que no abandonase la senda en que acaba de entrar: las verdaderas costumbres andaluzas, sus festejos, sus peladeros de pavas, sus robos, sus contrabandos, sus contratos, sus desafíos, dan ancho campo para una imaginacion como la suya que retiene con bastante propiedad su defectuoso

pero expresivo lenguaje. La mezcla de opuestas pasiones que tan comun es en el caracter andaluz, esa melancolia habitual disfrazada bajo una alegría aparente, la galanteria exagerada, la fuerza de una fantasia que da vida y verdad á sus propios sueños prestan un fondo poético á las escenas y tradiciones de las clases bajas cuya originalidad y aspereza no ha alterado, como en las otras, la civilizacion del siglo.

LÚCULO.

## ALBUM.

Poco concurrida fue la sesion del jueves último en el Liceo; el calor tiene desiertas nuestras sociedades porque tambien Madrid está desierto. Es asombroso el número de personas que han salido y continúan saliendo aun de la córte á pasar la temporada de verano: todas las diligencias, todos los carruages van llenos en todas direcciones desde el mes de mayo y nada extraño es que se note esta falta en el Liceo mas que en parte alguna. Pero si la sesion del jueves fue escasa de gente no lo fué de amenidad. Se leyeron abundante número de composiciones literarias y se ejecutó por la sesion dramática la pieza en un acto titulada *el Marido soltero*. La falta de espacio nos impide entrar en mas pormenores ni hacer mérito particular de las composiciones leídas y que mas aplausos obtuvieron de la sociedad.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.